

“El Coronel quiere tocar el Piano”

© Pietro Grieco

El Coronel quiere tocar el piano

Sacó su arma reglamentaria, miró a ambos ancianos con rostro autoritario, pero ellos continuaron en su mundo. Estaban inmersos –o así le pareció en la lectura de sus respectivos libros. Él colocó su pistola sobre el piano. Miró de reojo despectivamente a ambos, quienes continuaban con los ojos devorando los textos. Él comenzó a tocar piezas clásicas

elementales con bastante aplomo. Sin público, cerró los ojos y tocó concentrado en la música de sí mismo.

La semana anterior había entrado en la comisaría vestido de civil y le habló al oficial a cargo. Soy el coronel Mendiburro, dígame al Comisario que tengo que pedirle algo. “Sí mi coronel” fue la respuesta, “Ya mismo le informo para que lo atienda de inmediato”. El comisario, un poco sobresaltado por el anuncio, deseaba saber qué quería el coronel, pero el oficial por temor no le había preguntado. Él mismo salió a recibirlo. Los militares toleran cualquier error pero nunca la falta de sumisión.

“A su disposición coronel”, lo saludó, cuadrándose como un soldado. Era la época cuando la subordinación de la policía, tanto federal como provincial, al ejército era absoluta. “¿En qué puedo servirle?” El coronel lo miró desde lo alto de su jerarquía y con suavidad le dijo, “Nada grave comisario. Estoy de vacaciones y quiero tocar el piano. Busque una casa donde tengan un buen piano, para que me permitan todos los días, de nueve a diez de la mañana, ir y tocarlo a mi agrado. Seguro que con su conocimiento sabe de algún vecino en la villa que tenga piano”. Sorprendido, el comisario le dijo que con mucho gusto le buscaría alguna casa en la villa donde tuvieran piano y lo llamaría. El coronel le agradeció, pero no sería necesario que se moleste en llamarlo. Le informó que a la mañana siguiente, a las 8:30 a.m., para ser exacto, estaría en su oficina. Irían juntos para que le presente a los dueños de la casa donde podría tocar sin demora. Con una sonrisa, hizo un medio gesto de saludo militar y se retiró.

Una vez solo, el comisario lanzó una maldición y gritó: “¿Dónde carajo voy a encontrar un piano, si no podemos encontrar ni los rateros más modestos?” Llamó al primer oficial y le ordenó suspender todos los trabajos e investigaciones y que todo el personal se abocara a buscar una casa que tuviera piano. Luego, él iría a verificar cuál sería el mejor. A través de la bibliotecaria de la villa, la anciana señorita Filomena, amiga del sargento primero, averiguaron que había por lo menos tres casas de habitantes permanentes que poseían piano, dos parados y uno de cola. El elegido fue el de cola. Sonaba bastante bien y sus dueños lo mantenían afinado pues, de vez en cuando, tocaban antiguas melodías celtas.

Habló con sus dueños y les explicó la situación. Sin mucha resistencia ni alharaca, le informaron que podría hacerlo si no lo dañaba. A las nueve en punto estuvieron frente a la puerta y antes de golpear abrieron. Luego de la

presentación, despidió al comisario y entró como si fuera el dueño de un imperio. Fue hasta el noble instrumento, levantó la tapa y acarició el teclado levantando un leve lamento musical. Sacó su arma reglamentaria, miró a ambos ancianos quienes ya estaban leyendo sus respectivos libros y –luego de hacer un arco por el aire, para que la vieran– la depositó delicadamente sobre el piano. Hizo unos ejercicios con sus dedos, hizo sonar sus articulaciones y tocó unos arpeggios. El piano estaba afinado. Miró de reojo despectivamente a los dueños de casa, los que –sin resistencia ni enojo—, continuaron su lectura. Él comenzó a tocar...

Luego de media hora, se detuvo y pidió un vaso de agua. La dueña de casa dejó su libro, fue a la cocina y regresó con una bandeja con un vaso de agua y una servilleta de papel. El coronel dijo: “Gracias”. Bebió unos sorbos y decidió continuar con los ojos entornados en señal de placer por sí mismo. Comprendió. Los dueños de casa eran extranjeros, educados en la sobriedad y la reserva. No eran groseros ni amables, eran “discretos” como el lema de los masones. Durante una semana la visita se repitió regularmente y cambiaron algunas palabras. “Buenos días”, “Buenos días, ¿cómo está usted?” “Bien gracias”. Como siempre el coronel nunca dejó de mostrar su autoridad y su poder, colocando su arma sobre el piano, al alcance de su mano. Por las dudas. Eso evitaba, para él, confusiones o discusiones.

El postrer día les informó que esa sería su última visita, pues lamentablemente concluían sus vacaciones en la villa. Antes, los deleitaría con una pocas piezas finales. En señal de agradecimiento hicieron un leve gesto de inclinación de cabeza. Como siempre pidió el vaso de agua el cual le fue traído, esta vez por el dueño de casa, quien pese a su edad caminaba manteniendo su porte recto y firme. Cuando terminó la última pieza, un vals de Strauss, ya acariciando su pistola y antes de levantarse, la señora le dijo: “Coronel, con mi marido deseamos invitarle con una taza de té”. Sorprendido por la amabilidad, aceptó con un leve movimiento de cabeza. Para sí consideró que era lo mínimo que podían hacer esos gringos. Cuando la dueña de casa llegó, la bandeja contenía un servicio completo de té inglés, con tetera de plata y tazas de porcelana.

El dueño de casa, que siempre leía a sus espaldas, le dijo: “Coronel tenga la amabilidad de guardar su arma. No nos gusta tomar té con armas a la vista”. A Mendiburro no le gustó el tono, ni siquiera la amabilidad del pedido, nadie le daba sugerencias a un coronel del glorioso ejército argentino. Giró la cabeza para darle una respuesta fulminante. Pero su furia tornó en sorpresa, el hombre le estaba apuntado a la cabeza con una pistola. “Richard Steel,

coronel retirado de las fuerzas armadas de su majestad”. Escuchó el sonido del tintineo de la vajilla al apoyar la bandeja sobre la mesita ratona. Giró nuevamente y su mirada se detuvo en la tetera envuelta en una funda de lana tejida, para mantenerla caliente, y —al levantar su cabeza—, encontró frente a su nariz el caño de otra pistola. “Margaret Steel, mayor retirado del ejército de su majestad”. De inmediato y con delicadeza, la elegante anciana apoyó su pistola sobre el piano y, señalando el arma, con tono maternal le dijo al coronel: “Guárdela por favor”. Cosa que hizo sin demora. Richard Steel, también guardó su arma y, mientras saboreaba su té, le preguntó: “Coronel, ¿en qué guerras combatió usted?” “Pues...” Allí quedó cortado, con la boca abierta. Margaret, sin esperar respuesta, le informó, “Nosotros somos veteranos de la segunda guerra mundial. Ambos fuimos heridos en varias oportunidades y ambos fuimos condecorados en dos oportunidades”.

El retirado coronel Steel, notó un leve temblor en la taza de té sostenida por la mano derecha del coronel pianista. Con la vista le hizo notar el hecho a su esposa, quien con cariño burlón le dijo, “Esperamos que le haya gustado el piano. Dado que en honor a la verdad, debo confesarle que usted no le ha gustado al piano. Le sugerimos que aprenda y practique buena educación y mucho respeto por la música. El mundo le va a estar muy agradecido y nosotros de igual forma. También deseamos pedirle que no venga a amenazarnos pues no nos place y todavía tenemos el pulso firme, para tocar el piano... Claro”. Sin terminar su taza, el coronel les agradeció el té y que le permitieran tocar el piano. Lo vieron bajar las escaleras con la cara roja de indignación, vergüenza y temor. Cuando estuvo en la calle se dio vuelta y miró a ambos ancianos, quienes, desde la baranda, le saludaron como dos niños levantando sus manos.

Este hecho, como muchos otros durante la dictadura militar, nunca trascendió ni se hizo público. Los auténticos veteranos no hacen ostentación de medallas ni victorias. La guerra es muy cruel como para vanagloriarse de haber participado en ella. El coronel pianista no quiso averiguar si, lo que sentía húmedo entre sus piernas, era que se le había derramado un poco de té o si se había hecho encima. Ya había llegado debajo de fornidos saucos llorones, cuando le vino la idea de cómo vengarse. Se dio vuelta para decirles que volvería a visitarles. Antes de abrir la boca, la anciana, que aun lo estaba observando, le dijo: “Me había olvidado. Por favor déle saludos al General Videla”. Sorprendido el coronel le preguntó: “¿Ustedes conocen al presidente?” “Por supuesto” respondió el Señor Steel, “a través de su cuñada

que tiene casa aquí a la vuelta”. El aprendiz de músico y de ser humano, apuró su paso. Deseaba esfumarse en el aire o irse de la villa lo antes posible. Pasó años sufriendo con la idea de qué le pasaría si el general se enteraba.

Nota: Cualquier coincidencia con la historia oficial puede ser falsa. Por la historia claro...

©Pietro Grieco